

## AC F 41

Francés, un programa especial que ha preparado la profesora Alicia Mariño sobre la civilización francesa. París, musa de poetas, tema de cantores. Un recorrido por París a través de la historia y de la cultura.

En el programa de civilización francesa, dedicaremos hoy los siguientes 30 minutos a hablarles de París. No sólo por ser la capital de Francia, o lugar en que se centralizan los poderes de su administración, sino más bien, y sobre todo, por el significado que desde el punto de vista de la civilización francesa adquiere el contexto humano, cultural y artístico que París encierra. París, una de las ciudades más bellas de Europa, conserva en sus calles, plazas y bulevares hermosos monumentos que recuerdan las etapas de su pasado y que guardan cuidadosamente su historia.

Como han dicho tantos autores famosos, París no llega a conocerse nunca. Meses y años harían falta sólo para comenzar a impregnarse de todo su misterio y de toda su belleza. Victor Hugo escribió, París es una especie de pozo perdido.

Su historia está formada por capas de aluviones. Parece imposible disecarlas todas. Cuando se limpia un sótano, se descubre otro más profundo.

Luego hay una cripta, y más abajo una caverna. Debajo de ella un sepulcro, y debajo de él un abismo. En el mismo sentido se expresaba Honoré de Balzac.

París es un verdadero océano. Echad una sonda y nunca tocaréis el fondo. Por mucho que os esforcéis en conocerlo y en describirlo, siempre hallaréis un lugar virgen, un antro desconocido de flores, algo inaudito, olvidado por los literatos.

Teniendo en cuenta la imposibilidad de conocer totalmente París, hablaremos, sin embargo, de aquellos aspectos que más pueden llamar la atención del estudiante interesado en la civilización francesa. Comenzaremos por la historia de la ciudad, con sus más famosas construcciones, y comentaremos determinados aspectos de su cultura, en los que se inserta la inspiración de muchos escritores y artistas. Los celtas, que fueron los primeros habitantes sedentarios de lo que hoy es París, absorbidos posteriormente por asentamientos sucesivos de otros pueblos, escogieron como sede de una de sus tribus, los Parisi, una isla en el Sena, que facilitando el paso a través del río, era al mismo tiempo protegida por éste.

Lutece, Lutecia, nació en la isla que hoy llamamos la Cité, en el mismo corazón de París, admirablemente situada entre las vías fluviales y terrestres que unían todos los pueblos de las Galias, siendo el emperador Juliano quien la elevó al rango de ciudad imperial. Siguió su ejemplo más adelante, Clodoveo, escogiéndola como capital del país conquistado. Después, a pesar de un cierto desinterés hacia ella por parte de reyes y emperadores carolingios, conservó su calidad de ciudad más importante del ducado de Francia, siendo precisamente uno de estos duques, Hugo Capeto, quien al ser elegido rey de Francia en el año 987, creó la dinastía que

sucedió a la Carolingia.

Pero hasta un siglo después no se decidió entre París y Orléans como sede definitiva de los Capetos. Hugo Capeto comenzó la construcción histórica de Francia, empresa en la que fue decisiva la ayuda prestada por los habitantes de l'Ile-de-France, isla de Francia, lo cual contribuyó a consolidar la importancia creciente de París. A finales del siglo XII, Philippe Auguste centralizó varios servicios gubernamentales, consagrando la nueva capital.

En la isla de la Cité se instala la corte, en la rive gauche, orilla o margen izquierdo, la universidad, la sorbona, a la que llegan estudiantes y profesores de toda Europa, y en la rive droite, orilla o margen derecho, se desarrolla una ciudad artesana que viste, adorna y distrae a las élites de la corte y a la universidad. La calidad y el lujo de sus creaciones, célebres en toda Europa, son importadas e imitadas. En el siglo XIII, Saint-Louis, rey de Francia, al depositar la corona de espinas en el más bello de los relicarios góticos, la Sainte-Chapelle, cita en la isla de la Cité, hizo de París un centro espiritual y de atracción de peregrinos.

Con Charles Quint, en el siglo XIV, París se convierte en la ciudad más grande de Europa, no tiene rival y se la imita. Es la primera etapa gloriosa de la ciudad. Sin embargo, un siglo después, la insurrección de Borgoña, entre 1418 y 1515, obliga a los reyes a abandonarla y fijar su residencia en Bourges, Tours o orillas del Loirat.

París deja de ser, durante un siglo, sede de la corte, y las nuevas universidades que se van creando en diversas regiones de Francia la privan de gran parte de sus profesores y estudiantes. París pierde su supremacía como centro comercial y financiero de Europa, pero a pesar de ello, continúa siendo el oje del país, hasta que François Ier, el rey Francisco I, volvió a fijar su residencia en París. Más adelante, gracias a la conquista de la ciudad, pudo Henri IV, Enrique IV, convertirse en rey de Francia, pronunciando él mismo, después de entrar en la ciudad, la célebre frase que ha pasado a la historia «Paris vaut bien une messe», «París bien vale una misa».

Henri IV, entre finales del siglo XVI y principios del XVII, fue el primer urbanista de París. Mandó terminar el puente nuevo, le Pont Neuf, y construyó, entre otras, la plaza Dauphine et la Place Royale. En la etapa siguiente, hasta la revolución de 1789, los reyes de Francia, desde Louis XIII a Louis XVI, Louis XIII a Louis XVI, transformaron el aspecto de París.

Abrieron amplias perspectivas, como Champs-Élysées, Champs de Mars. Construyeron grandes monumentos, como l'Hôtel de Saint-Valide, l'Ecole Militaire, nuevos barrios y plazas, Place Vendôme, Place Louis XV, hoy Plaza de la Concorde. Fijaron los borbones su residencia y la corte en Versailles, aunque París no dejará de ser la capital de Francia.

A partir de 1789, con la toma de la Bastille, el 14 de julio, en que se inicia la revolución, París se consagra definitivamente. París será el motor que remolcará toda Francia. La mecanización progresiva de los medios de comunicación facilita su continuo crecimiento.

En 1850, la población suma a un millón de habitantes. Pero el aspecto moderno de gran ciudad lo debe París a Napoleón III, junto con su prefecto, el barón Haussmann, quienes planificaron grandes zonas verdes, les bois, los bosques, de Boulogne et de Vincennes, el Parque Monceau et les Buttes Chamondes. Para Napoleón III, París era el corazón de Francia.

Embellecer la ciudad suponía para él embellecer todo el país. De esta forma, París alcanza durante el siglo XIX su segunda época de gloria. Sin embargo, en 1871, la Commune destruyó numerosos monumentos, de los cuales algunos fueron reconstruidos durante la III República.

Fue una batalla sangrienta la de la Commune, el 28 de mayo de 1871, cuyas escenas más alucinantes se desarrollaron en el cementerio de Père-Lachaise, donde aún queda constancia de aquel doloroso acontecimiento en el Muro de los Federados. Hoy es el cementerio de Père-Lachaise uno de los más célebres del mundo, uno de los parajes más bellos de París, alejado del centro de la ciudad. El número de personajes famosos que reposan allí es incontable, desde Loïsa y Abelardo hasta Miguel Ángel Asturias, entre ellos Chopin, La Fontaine, Molière, el doctor Guillotin, Delacroix, etc.

Finalmente, los monumentos más modernos de París se deben a las grandes exposiciones universales que dotaron a la capital de nuevos edificios como le Petit o le Grand Palais, la Tour Eiffel, le Palais de Cheillon y le Palais d'Art Moderne. El desarrollo histórico de París fue al mismo tiempo continuo y orgánico. Es una de las pocas ciudades del mundo en que no existen variantes notables debidas a acontecimientos históricos o catástrofes naturales durante veinte siglos.

Pero, evidentemente, el destino de París está inscrito en su ubicación natural y en la configuración especial del Sena, que permitió situar entre sus dos brazos a la primitiva Lutetia. Describí así París. Se extiende ante mí el Valle del Sena, todo París en relieve, como una carta geodésica.

Veo la ciudad de París, anillos de calles dentro de otros anillos, aldeas dentro de aldeas. Desde cualquier altura, desde cualquier distancia de tiempo o de lugar, allí se yergue la hermosa ciudad de París, suave, semejante a una piedra preciosa, una ciudad sagrada, cuyos misteriosos senderos se entrecruzan. La llamada cuna de París, la Cité.

En la isla de la Cité está el origen, es una especie de símbolo de París. Cuatro puentes la comunican con las dos orillas. En ella, durante mucho tiempo, se concentró la actividad de la capital, siendo aún hoy el centro de las actividades judicial y religiosa, ubicadas en el Palacio de Justicia y en la Iglesia de Notre-Dame de Paris.

El Palacio de Justicia está construido sobre la antigua fortaleza que servía de defensa a la Cité y que fue el primer palacio de los reyes de Francia. La Iglesia de Notre-Dame, construida entre los siglos XII y mediados del XIV, fue la primera de las grandes catedrales góticas de la región de l'Ile-de-France. Ha tenido gran relación con la mayoría de los acontecimientos importantes de la historia de Francia.

Desde el té-déum de Carlos VII al de la victoria en 1945. Junto a uno de sus pilares, cuentan que Paul Claudel reencontró la fe. El París de los Reyes, con los palacios del Louvre, le Châteauroux, le Palais Royal y la Place de la Concorde, es hoy, por su conjunto monumental y los museos que encierra, el centro del arte en París.

El Palacio del Louvre fue residencia real. La Revolución lo convirtió en museo y hoy es uno de los más famosos del mundo, con antigüedades, esculturas, pinturas de todas las épocas. Sin embargo, del Palacio de las Tuilleries, construido para Catarina de Médicis, sólo se conservan los jardines, después de ser incendiado en 1871.

La guillotina estaba instalada cerca de la verja del Jardín de las Tuilleries. En ella fueron ejecutados en la época y como consecuencia de la Revolución, personajes históricos, como entre otros, Louis XVI, María Antonieta, Danton y los Girondinos. Madame du Barry, Madame de Roland, que pronunció, antes de morir, la célebre frase, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre.

El Palacio Real, construido para Richelieu, parece evocar todavía, las magníficas fiestas que en él organizaba el regente. La Plaza de la Concordia, trazada bajo el reinado de Louis XV, muestra en su centro el obelisco de Luxor, ofrecido por el rey de Egipto a Louis Philippe. Le Faubourg Saint-Honoré, barrio aristocrático de París, desde que en el siglo XVIII se comenzara la construcción de bellos palacetes particulares.

Alberga hoy ministerios y embajadas, en gran número de las que fueron residencias de la nobleza de aquella época, cuya belleza aún llama la atención. Es también la zona de los grandes modistos, de la alta costura, de los creadores de perfume, del comercio de lujo, que tanta fama ha dado a París y a Francia. Y, sin embargo, es la Francia, con su Plaza de la Estrella, fácil, excitante, superficial, que es la esencia de todo el mundo.

Era Salvador de Madariaga, quien, invocando la Plaza de la Estrella, decía, Francia, con su Plaza de la Estrella, fácil, evidente, superficial, es el centro del mundo. Es una de las plazas mejor trazadas, lugar de convergencia de las doce puntas de la estrella, o doce grandes calles que en ella concurren. En el centro se eleva el Arco del Triunfo, mandado construir por Napoleón en honor de sus victorias.

Bajo el arco, la tumba del Soldado Desconocido, donde constantemente arde la llama para recordar a los combatientes anónimos desaparecidos que lucharon por Francia. Una de las puntas de la estrella es la Avenida de los Campos Elíseos, Avenue Champs-Élysées, mitad paseo, mitad boulevard. Después de haber sido zona de residencia de la aristocracia, es hoy, con sus cines, grandes cafés, locales de exposición de automóviles, tiendas y grandes almacenes, el centro del ambiente cosmopolita de París.

Desde el punto de vista artístico-militar, el Hotel de San Valentín fue construido en el siglo XVII por orden de Luis XIV para albergar a los soldados heridos. Hoy, en su iglesia, se encuentra la tumba de Napoleón I. El mausoleo es obra del escultor Visconti y quizás sus enormes

dimensiones vinieran impuestas por la necesidad de albergar las seis sepulturas del emperador. En la montaña de Sainte-Geneviève se eleva el Panteón, Corona de Columnas, como lo llamó Víctor Hugo.

Construido sobre la antigua iglesia de Santa Genoveva, desde la Revolución Francesa se conservan en él las cenizas de hombres ilustres. En el friso, reza la siguiente inscripción, La Patria, en agradecimiento a sus hombres ilustres. Allí reposan los restos de Voltaire, Rousseau, Víctor Hugo, Zola y otros.

En la colina de Montmartre, en la cima, se eleva la Basílica del Sagrado Corazón, Sacré-Cœur, enorme masa blanca que estéticamente nunca ha sido aceptada por el pueblo de París. Y quizá este rechazo artístico tenga otras motivaciones más profundas. La Asamblea Nacional, elegida después del aniquilamiento de la comuna, decidió su construcción en 1873 para espiar los pecados de los comuneros, eligiendo este lugar no sólo por razones políticas y geográficas, sino porque cuentan que allí habían ido a orar San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

Desde la legendaria baranda de la Basílica se observa una magnífica vista de París. Elegió este lugar elegido por el pintor Van Gogh para mostrar los infinitos tejados salpicados de flechas, de torres y de cúpulas, con un molino a la izquierda que hoy ya no existe. El barrio de Montmartre debe su nombre, según la leyenda, a la deformación del término Monte de los Mártires, porque allí fueron martirizados y ejecutados muchos de ellos, como Saint-Denis.

Sin embargo, la explicación más científica del nombre es la transformación de Mons Martis, Monte de Marte, en Montmartre. En Montmartre empieza otro París. Es una comuna libre.

Allí todo puede ocurrir, todo es posible. Fue este el lugar donde le ocurrieron tantas cosas a Henry Miller, que fueron tema de algunos de sus relatos. En los primeros años del siglo XX, el barrio de Montmartre fue refugio de artistas y de poetas.

Montmartre no ha cambiado desde que el poeta poliner describiera la colina en que nace la ciudad. Montparnasse se extiende desde la estación del mismo nombre a la puerta de Orléans y a la ciudad universitaria, cuyo centro es la Sorbonne y el boulevard Saint-Michel. Es Montparnasse un verdadero microcosmos que reúne todas las muestras de lo que fue y será París.

Montparnasse, Monte Parnasso, como lo llamaban los estudiantes en el Renacimiento, ha sido una especie de cuartel general de escritores y artistas, poetas y pintores, desde finales del siglo pasado, desplazando en este sentido a Montmartre a principios de siglo. Simbolistas, cubistas, dadaístas, surrealistas han trabajado en las mesas de los cafés de este barrio, en la Clos de Rive de Lilas, la Rotonde, la Coupole, han estudiado en sus academias y han pintado en sus talleres. Los cubistas, que vivían en la colina del norte de París, cuando la ciudad se había confirmado como centro del arte internacional, y lo era, en parte, desde el Romanticismo, acuden a vivir a este barrio, reuniéndose alrededor de las mesas de los cafés de Montparnasse.

Artistas de todos los continentes vivieron aquí de forma frenética, en ocasiones dramática. En aquellos años, el poeta Apollinaire publica *Los pintores cubistas* y la *Clos de Rive de Lilas* se convierte en el primer café literario y artístico de la Rive gauche, orilla o margen izquierdo, lugar de reunión y discusión de cubistas y futuristas. Apollinaire escribe, Montparnasse reemplaza ya a Montmartre, es un nuevo alpinismo, la montaña, el arte de las cimas.

En este barrio de Montparnasse, en que la planificación y renovación urbana están tan presentes hoy, se recordará siempre a Picasso, Gargallo, Vlaminck, Marc Jacob, Apollinaire y a tantos otros que desde 1911 aproximadamente hicieron de él la meca del arte. Cuentan que por esas aceras cargadas con acentos de todo el mundo, cada uno paseaba con vestimentas que le hubieran hecho pasar por loco en su ciudad natal, pero que representaban en este barrio el mínimo de la extravagancia. Dejando de lado Montparnasse, en Saint-Germain-des-Prés se reúnen todavía escritores y artistas, en el Café de Magots o en el Café des Fleurs, que fueron lugar de encuentro y discusión de los existencialistas.

Allí celebraban sus tertulias Paul Sartre, Thierry Molnier, Jacques Audiverti, Picasso. Picasso, dicen que llegaba somnoliento hacia las doce de la mañana, acompañado por Dora Maar con un perro gigantesco. Sartre vivía entonces en un hotel de la calle de Seine con Simone de Beauvoir, una mujer joven de grandes ojos, a quien llamaban Notre Dame de Sartre o la Grande Sartreuse.

Todas las mañanas salían hacia el Café des Fleurs, todos madrugaban para llegar los primeros y ocupar el único sitio caliente al lado de la estufa. Era el año 1942. La autenticidad de este Saint-Germain solo dura hasta 1948-1950.

Por fuera, hoy sigue igual, pero Saint-Germain ha cambiado. La Tour Eiffel, la Torre Eiffel, fue levantada por el ingeniero Eiffel para la Exposición Universal de 1889. Su construcción desató muchas polémicas.

El París de aquella época se dividió en dos bandos, los que la encontraban horrorosa y los que veían en ella el símbolo del progreso y del nuevo arte. Léon Bloy la denominó Babel de Hierro. Verlaine no había visto nunca cosa más horrible.

Pridhomme, Le Côte de Lisle, Garnier y otros llegaron incluso a firmar un manifiesto en contra. Pero también, desde el principio, tuvo sus defensores entre los medios intelectuales avanzados. La admiraron Guillaume Apollinaire, Marc Borlain, Léon Polfargue, Jean Giraudoux.

Sirvió de inspiración a los pintores Seurat, Dufy, Marquet, Delaunay, a los escritores como Cocteau y a los cineastas como René Clerc. Al terminarse tenía 300 metros y durante 40 años mantuvo el récord del edificio más alto del mundo. La Torre Eiffel persiste y sigue dominando el cielo, siendo hoy el símbolo más representativo de París a nivel mundial.

Una de las grandes victorias de la arquitectura del siglo XX en París es el edificio de la UNESCO, construido hace unos 25 años. París no tenía mucho que presentar en materia de arquitectura

moderna. En una ciudad en la que cada siglo había dejado un recuerdo, el siglo XX estaba escasamente representado por la arquitectura jesuítica del Sacré-Cœur.

El edificio de la UNESCO no es un palacio majestuoso. Enclavado entre árboles y jardines japoneses, sus cristales reflejan el entorno y hace pensar que la arquitectura moderna se inscribe en cualquier medio. Ha respondido plenamente al lema «la función crea belleza».

A continuación, hablaremos de la figura tradicional de los muelles de París, le bouquiniste. Bouquin, en francés argótico, significa libro. Los bouquinistas son vendedores de libros especiales en tiendas también especiales.

Dicen que es una profesión que sigue igual desde sus comienzos y que es tan vieja como Le Pont Neuf, que se inauguró en 1609. Las tiendas, en forma de cajones, proliferan adosadas a los pretilos que enmarcan la trayectoria del Sena. El poeta Poliner comentaba su placer al pasear por los muelles del Sena, disfrutando de una deliciosa biblioteca al alcance de todos.

Durante el invierno, los bouquinistas de más edad cierran el negocio, pero los hay que lo tienen abierto durante todo el año. Para ser bouquinista también hace falta poseer un cierto nivel cultural, pues su clientela la compone en personas muy diversas, contándose entre sus compradores, el obrero, el profesor, el médico, el religioso. Sin embargo, la clientela quizás haya disminuido, pues con los tiempos modernos no todos pueden permitirse el lujo de dedicar demasiado tiempo a pasear, escoger y regatear, que es asimismo el encanto de este tipo de compra.

¿Quién no ha oído hablar del clochard, el mendigo de París? El clochard llega de todas partes, algunos son de París, pero vienen principalmente de provincias. En general, todos ellos mayores de 30 o 35 años han llevado una vida normal, hasta que por circunstancias determinadas se han marginado de la sociedad. Su emblema, la botella, es un elemento omnipresente en su vida y la mayoría de las veces el motivo de tan singular vocación.

El origen de su nombre, clochard, está en la campana, la cloche, que todos los días a las 9 de la mañana sonaba en Le Hall, mercado central de París, marcando la hora de cierre de los asentadores y que daba entrada a los pobres que esperaban para recoger los restos. Eran los de la cloche, los clochards. Por ello, el traslado del mercado central ha supuesto una auténtica tragedia para estos personajes, quienes tenían en Le Hall el alma mater de la cofradía.

Si un sordomudo, se dice, pudiera hablar, hablaría en francés de París. Encierra esta frase un cierto apasionamiento por París y lo que representa. Dicen que el parisino habla muy deprisa, que se come la mitad de las sílabas y que a veces utiliza un lenguaje muy particular, el argot.

El argot es una lengua distinta, basada principalmente en imágenes y símbolos. Era, en un principio, la lengua oficial de los malhechores, ladrones, estafadores, que podían de este modo comunicarse entre sí a través de un código que no comprendía la policía, llamado también jargon o gerbe. El argot tiene su origen en la Edad Media, pues nació en la corte de los

milagros, donde las diferentes cofradías de mendigos y rateros lo utilizaban para distinguirse entre ellas.

Era un código ultra secreto. De aquella época data el primer diccionario de argot. Cuentan que un bandido se vio obligado a explicar a la policía, bajo tortura, el significado, palabra por palabra, de todo el vocabulario de los bajos fondos.

François Villon, que se movía en aquellos ambientes, escribió varias baladas en argot. Desde entonces, la literatura también se fue enriqueciendo con este tipo de aportación. La literatura argótica es hoy innumerable.

Han utilizado el argot en sus obras autores como Eugène Suet en Los Misterios de Paris, Alexandre Dumas en Los Mohicanos, Victor Hugo en Los Miserables, Balzac en Esplendores y desgracias de los cortesanas y en la última encarnación de Vautrin. Más cerca de nosotros, Zola, Carcot, François Zagan y Louis-Ferdinand Céline deben gran parte de sus medios de expresión al argot. Lo que hoy llamamos argot no es más que una forma deteriorada del lenguaje popular de las grandes ciudades.

Uno de los grandes especialistas en este tema explica que el lenguaje parisino vulgar, constituido desde hace siglos, aumentado por distintos argot profesionales, así como por residuos del antiguo jargón o jerga de los malhechores, se habla hoy en las capas interiores de París y de toda Francia. Daríamos a la verdad si ahora no les dijéramos que París, con toda su belleza y encanto, tan querida por poetas, escritores y artistas, es hoy una gran ciudad con los problemas que ello conlleva y que todos conocemos. Excesiva densidad de población, dificultades medioambientales, embotellamientos, prisas, deshumanización.

De forma que el París idealizado por la oposía y por la canción no es siempre el París de la realidad. Pero no importa, lo que ya es recuerdo teñido de nostalgia continuará inspirando siempre a poetas, artistas y músicos. Hasta aquí Alicia Amariño, profesora de francés del curso de acceso en un programa especial sobre civilización francesa.

París, musa de poetas, tema de cantores, ha sido el aspecto en torno al que se ha girado en los últimos minutos.